

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Francisco Morales Baranda

“La preservación del náhuatl en la época contemporánea”
p. 231-246

*In Ihiyo, in Ilahtol. Su aliento, su palabra.
Homenaje a Miguel León-Portilla*

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
El Colegio Nacional
Instituto Nacional de Antropología e Historia

1997

366 p.

ISBN 968-36-5957-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in_ihiyo/334.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA PRESERVACIÓN DEL NÁHUATL EN LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA

FRANCISCO MORALES BARANDA

Clifford Fyle¹ sostiene que la literatura de una lengua recoge las mejores experiencias y sensaciones conocidas por quienes la hablan a lo largo de los años. De ahí que una educación y una lengua llegan a ser una expresión de la personalidad del grupo, un medio de identificación respecto a su cultura. Así, cuando decimos “soy italiano”, “soy hindú” o “soy de estirpe náhuatl”, nos identificamos como miembros de un grupo humano determinado, con una cultura y una lengua propias.

Quien esto escribe, profesor de educación primaria y nivel medio, se siente orgulloso de pertenecer a una familia y una comunidad con raíces indígenas y de haberse desarrollado en el seno de ambas. A lo largo de mi experiencia en la práctica docente y, sobre todo, por haber tenido la oportunidad de estudiar y analizar algunas fuentes de carácter histórico, antropológico y lingüístico, me he percatado de que las lenguas indígenas en nuestro país han tenido la misma suerte que todas las lenguas de los pueblos, después de haber sufrido el impacto de la Conquista, el dominio y la opresión colonialista: se ha querido relegarlas a un plano de inferioridad y sin perspectivas de desarrollo, ya que el idioma de la sociedad dominante se impone como único vehículo de comunicación, con el consecuente deterioro paulatino de las lenguas de los grupos étnicos dominados.

No obstante esta situación de sojuzgamiento cultural y colonialista, pienso que los pueblos nahua, zapoteca, ñahñú, maya, etcétera, han logrado sobrevivir por más de cinco siglos, conservando y desarrollando hasta ahora sus propios valores culturales y lingüísticos; hoy por hoy considero que ha llegado el momento de que ellos ocupen el lugar que les corresponde dentro del proceso histórico contemporáneo.

Ésta ha sido una de las razones que me han movido, desde hace algún tiempo, a luchar, tal vez, según algunos, en forma utópica, por la preservación, creación y difusión del náhuatl en los momentos actuales y por

¹ Clifford Fyle, “La lengua, soporte de la identidad cultural”, en *El Correo de la Unesco*, julio 1983, p. 6-7.

venir y recuperar una historia interrumpida que implica el redescubrimiento y la autoafirmación de mis hermanos de origen náhuatl, y que significa también el intento serio y firme de demostrar —como lo han hecho desde hace mucho tiempo algunos eximios nahuahablantes con sus investigaciones, tales como el padre y doctor Ángel María Garibay K., Manuel Gamio, Alfonso Caso y el doctor Miguel León-Portilla, entre otros— que las lenguas indígenas poseen características propias que les dan el mismo valor cultural que el de cualquier otro idioma del mundo.

En mis charlas con el ilustre doctor Miguel León-Portilla, en el seno del Seminario de Cultura Náhuatl que él atinadamente dirige en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, y después de una profunda reflexión, he concluido de que en México se necesita un indigenismo práctico y útil que, fundamentado en el pasado, persiga en el presente y futuro que el indio que camina por las sierras altas de Chiapas, Puebla y Guerrero, la zona desértica del Mezquital, los llanos silenciosos de Teotihuacan o la geografía de Milpa Alta, D.F., tenga derecho a vivir con pan y con luz. Pan para su cuerpo trigueño y sufrido, y luz para su alma, en todas las zonas de su profundidad.

Hermann Bellinghausen,² en su artículo denominado “Un país en vías de extensión”, nos comenta que en México existen hoy en día entre diez y doce millones de indígenas, equivalentes a los habitantes de varias naciones vecinas nuestras de Centroamérica.

México alberga la mayor población indígena del continente americano. Cientos de comunidades y pueblos, que en ocasiones se autodenominan “naciones”, siguen donde han estado secularmente, aferrados a la tierra originaria, con las lenguas y costumbres propias, que al paso de los siglos han cambiado, pues ninguna modernización después de la cortesiana los sorprendió desprevenidos.

Los últimos años han significado una consolidación notable de los movimientos indios, en su matriz regional y atendidos a sus propios recursos y tradiciones. No es porque antes no hayan abundado estos movimientos, sino porque nunca tuvieron tal consistencia y potencial de efectividad.

Como señala Héctor Díaz Polanco³ en *Autonomía regional. La autodeterminación de los pueblos indios*, “Lo novedoso no es, pues, la presencia misma o el número de los movimientos indígenas, sino el cambio que comienza a manifestarse en la calidad o la naturaleza de los mismos en algunos países, con las consecuentes repercusiones en otros.” Sin embargo, acota: “Quizás no estemos aún en condiciones de apreciar toda la riqueza de este cambio de propiedad del movimiento indio”. Cambio de propiedad que sólo los ingenuos, o los convencidos de antemano, creen que pasa por

² Hermann Bellinghausen, “Un país en vías de extensión”, en *Ojarasca*, mayo, 1992, núm. 8, p. 32.

³ Héctor, Díaz Polanco, *Autonomía regional. La autodeterminación de los pueblos indios*, México, siglo XXI, UNAM, 1991 (Biblioteca América Latina).

el cedazo del sistema partidario, en especial el aparato hegemónico del partido en el gobierno.

En estos momentos una parte significativa de la mejor poesía, narrativa y novela mexicana se está escribiendo en zapoteco, mazateco, tojolobal, ñahñú y náhuatl.

Uno de los más eficaces y modernos métodos de educación musical actualmente en uso fue elaborado por los maestros músicos de la sierra Mixe alta. Las experiencias más originales de recuperación ecológica y producción agrícola competitiva corren a cargo no de las instituciones del ramo ni de las grandes empresas nacionales y extranjeras, sino de las comunidades de Pátzcuaro, Sierra Juárez, Alcozauca, Las Cañadas, el Istmo y Mototzintla.

El México profundo⁴ está formado por una gran diversidad de pueblos, comunidades y sistemas sociales que constituyen la mayoría de la población del país. Lo que los une y los distingue del resto de la sociedad mexicana es que son grupos portadores de maneras de entender el mundo y organizar la vida que tienen su origen en la civilización mesoamericana, forjada aquí a lo largo de un dilatado y complejo proceso histórico. Las expresiones actuales de esa civilización son muy diversas: desde las culturas que algunos pueblos indios han sabido conservar con mayor grado de cohesión interna, hasta la gran cantidad de rasgos aislados que se distribuyen de manera diferente en los distintos sectores urbanos. La civilización mesoamericana es una cultura hasta cierto punto negada, cuya presencia es hoy en día imprescindible reconocer.

*¿Ha muerto la civilización india porque no tiene
ni presenta futuro posible?*

Antes de dar respuesta a esta pregunta, pienso que es importante reflexionar, porque de ello dependen muchas otras interrogantes y respuestas urgentes sobre el México de hoy y el que deseamos construir.

¿Cómo se forja la civilización?

El nuestro, como los territorios de casi todos los países del mundo, ha visto transitar, surgir y desaparecer en él, a lo largo de milenios, una gran cantidad de sociedades particulares que podemos llamar, en términos genéricos, pueblos. Pero, a diferencia de lo que ocurrió en otras partes, aquí hay una continuidad cultural que hizo posible el surgimiento y desarrollo de una civilización propia.

⁴ Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo*. Una civilización negada, México, Grijalbo, CNCA, 1989, p. 24.

Según la información disponible, hace por lo menos treinta mil años que el hombre habita en las tierras que hoy son México. Los primeros grupos se dedicaban a la cacería y la recolección de productos silvestres. Unos se encargaban de cazar las grandes especies de la fauna desaparecida, como el mamut, el mastodonte, el camello y el caballo, en tanto otros, probablemente por las condiciones del medio en que se movían, cazaban o pescaban especies menores y dependían más de la recolección. La gran fauna desapareció del territorio mexicano aproximadamente siete mil años antes de nuestra era, tal vez debido a cambios climáticos que le impidieron sobrevivir. De aquellas bandas se han encontrado restos fósiles, utensilios de piedra y algunas armas directamente asociadas con esqueletos de los grandes animales que mataban. Eran grupos nómadas que requerían de un territorio muy amplio para asegurar la subsistencia y vivían en cuevas y abrigos temporales que abandonaban al poco tiempo de ocuparlos.

La civilización mesoamericana surge como resultado de la práctica de la agricultura. Éste fue un proceso largo, no una transformación instantánea: la agricultura se inicia en las cuencas y los valles semiáridos del centro de México entre siete mil quinientos y cinco mil años antes de nuestra era. En ese periodo comienzan a domesticarse el frijol, la calabaza, el huauhtli o alegría, el chile, el miltomate, el huaje, el aguacate y, por supuesto, el maíz. El cultivo de este último constituye el logro fundamental y queda ligado de manera indisoluble a la civilización mesoamericana.

Su domesticación produjo el máximo cambio morfológico ocurrido en cualquier planta cultivada; su adaptación permitió su cultivo en una gama de climas y altitudes que es la más amplia en comparación con todas las demás plantas cultivadas de importancia. Debe recordarse que el maíz sólo sobrevive por la intervención del hombre, ya que la mazorca no dispone de ningún mecanismo para dispersar las semillas de manera natural: es, de hecho, una criatura del hombre mesoamericano. Y éste, a su vez, es el hombre del maíz, como lo relata poéticamente el *Pop Vuh*,⁵ “Libro de los acontecimientos” de los mayas quichés:

Así fue como hallaron el alimento y fue lo que emplearon para el cuerpo de la gente construida, de la gente formada; la sangre fue líquida, la sangre de la gente maíz empleó el creado, el varón creado [...]

Luego tomaron en cuenta la construcción y construcción de nuestra primera madre y padre, era de maíz amarillo y blanco el cuerpo, de alimento eran las piernas y brazos de la gente, de nuestros primeros padres; eran cuatro gentes construidas, de sólo alimento eran sus cuerpos (versión de Adrián I. Chávez).

El maíz y la propia agricultura no adquirieron de inmediato la impor-

⁵ Ernesto de la Torre Villar, *Lecturas históricas mexicanas*. México. t. I, UNAM, 1994.

tancia que les estaba destinada. Sus inventores continuaron practicando la recolección y la cacería como actividades principales y usaban los productos cultivados de manera complementaria, aunque en proporción creciente. Hacia el año 3000 antes de nuestra era, los habitantes de las pequeñas aldeas que se han descubierto cerca de Tehuacán sólo obtenían el 20% de sus alimentos de las plantas cultivadas, en tanto que el 50% provenía de la recolección y el resto era producto de la caza. Sin embargo, llevaban ya una vida sedentaria, habían aumentado la variedad de cultivos e incluso criaban perros para su alimentación.

Entre los años 2000 y 1500 antes de nuestra era, culmina el proceso de sedentarización y los productos cultivados representan ya la mitad de la dieta.

Algo importante: no es éste el lugar para presentar un panorama, aunque fuera muy esquemático, del desarrollo de esta civilización desde sus orígenes hasta los albores del siglo XVI.

El contacto histórico incluye también a los pueblos que ocupaban territorios al norte de la frontera mesoamericana, en la llamada Aridamérica. Fue una linde inestable, fluctuante; y aunque aquellos pueblos no eran de estirpe cultural mesoamericana, su vínculo con la civilización del sur fue constante y no en todos los casos violento: de hecho, algunos pueblos mesoamericanos eran en su origen recolectores y cazadores del norte que emigraron y se asimilaron a la cultura agrícola y urbana de Mesoamérica; se ha sostenido que el dios Huitzilopochtli, titular de los mexicas, presenta características que lo particularizan en el panteón mesoamericano precisamente porque surge en aquel pequeño grupo nómada norteco que, tras largo peregrinar, se asentó por fin en Tenochtitlan y se convirtió en el pueblo del Sol. De tal manera, la distinción entre Mesoamérica y los pueblos que habitan al norte, aunque es real y útil para comprender la situación global del México precolonial, no debe entenderse como una barrera que aislara dos mundos radicalmente diferentes, sino como un límite variable de la zona tropical donde las condiciones climáticas, debido a la magnitud de la precipitación pluvial, permitían una vida dependiente de la agricultura, a partir de la tecnología disponible.

La conformación actual de México (su diferenciación regional; los contrastes entre norte y sur, altiplano y costas; la preeminencia de los altos valles centrales), si bien descansa en una diversidad geográfica de rotunda presencia, es ante todo el resultado de una historia cultural milenaria, cuya huella profunda no ha sido borrada por los cambios de los últimos 504 años. No se niega la trascendencia de esas transformaciones; solamente se destaca el hecho de que los cambios ocurridos no son exclusivamente resultado de los procesos desencadenados a partir de la invasión europea, como si tales procesos se implantaran en un vacío cultural, sino que siempre son producto de la acción de sus fuerzas nuevas sobre conjuntos humanos que poseen una herencia cultural elaborada durante muchos

siglos en esos mismos sitios, lo que les permite reaccionar a su vez en distintas formas.

Las diversas culturas que existieron en el pasado precolonial y las que, transformadas, existen hoy como continuación de aquéllas, tienen un origen común y son resultado de un proceso civilizatorio único, lo que les otorga unidad básica más allá de cualesquiera diferencias y particularidades. Por otra parte, al hablar de civilización se está haciendo referencia a un nivel de desarrollo cultural (en el sentido más amplio e inclusivo del término) lo suficientemente alto y complejo como para servir de base común y orientación fundamental a los proyectos históricos de todos los pueblos que comparten esa civilización. No se trata de rasgos culturales aislados, sino de un plan general de vida que da trascendencia y sentido a los hombres, que ubica a éste de una cierta manera en relación con la naturaleza y el universo, que da coherencia a sus propósitos y a sus valores, que les permite cambiar incesantemente según los avatares de la historia sin desvirtuar el sentido profundo de su civilización, pero sí actualizándola. Es como un marco mayor, más estable, más permanente, aunque de ninguna manera inmutable, en el que se encuadran diversas culturas y diversas historias se hacen comprensibles.

Eso nada menos: una civilización, es lo que crearon y nos legaron cientos de generaciones sucesivas que trabajaron, pensaron y soñaron aquí durante milenios.

Los testimonios de ese largo proceso civilizatorio nos rodean por todos los rumbos: siempre tenemos frente a nosotros un vestigio material una manera de sentir y de hacer ciertas cosas, un hombre, un elemento, un rostro y un corazón, una lengua, que nos reiteran la continuidad dinámica de lo que aquí se ha creado a lo largo de muchos siglos. No son objetos, ni seres hechos mudos; pero se persiste con terquedad en que no seamos escuchados.

Pese a la tala inmoderada de nuestros bosques, apenas hay paisaje virgen en nuestro país. Siempre se encuentran los rostros del quehacer humano, del antiguo transitar del hombre por esas tierras. Millares de viejos sitios de habitación casi abandonados, desde las imponentes ruinas de las grandes ciudades hasta los vestigios más discretos de pequeñas aldeas bajo montículos que parecen naturales.

Muchos poblados mexicanos de hoy han sido habitados continuamente desde siglos antes de la invasión europea.

Hay antiguos canales en desuso; hay todavía chinampas como las de Xochimilco, Atlapulco y Tláhuac, unas en producción y otras convertidas en atractivo turístico; en las zonas montañosas del centro y sur del país, al amanecer o cuando llega el crepúsculo, puede verse el trazo de las terrazas —como ocurre en el tramo carretero a Huaztepec, entre Atlapulco y Xochimilco, D. F., y la población de Atocpan, en la Delegación Milpa Alta—, que permitían cultivar laderas muy empinadas; sin demasiado

esfuerzo se pueden recorrer grandes tramos de los caminos por los que anduvieron nuestros antiguos mexicanos y que hoy aún transitan.

Hay obras hidráulicas de magnitud sorprendente, como el sistema de irrigación de Tezcutzinco, cercano a Tezcoco; cientos de cuevas y manantiales conservan evidencias de ritos ancestrales, algunos de los cuales todavía se practican regularmente, como ocurre en varios poblados del altiplano que todavía conservan la medicina tradicional, el uso del temazcal, el bordado y tejido de cintura. En el subsuelo existen fragmentos de figuras de piedra o barro, dispersos por todos los rincones de Mesoamérica, y atestiguan la relación del hombre con esta naturaleza desde su pasado remoto. Ese quehacer incesante ha cambiado nuestro paisaje, a veces en forma espectacular, más comúnmente de manera sutil, lenta, pero constante.

Desigualdades económicas y sociales

En nuestro país existen desigualdades sociales y económicas, todas lacerantes. Yo, como geógrafo, puedo decir que somos un país vencido por la naturaleza, ya que poseemos toda una gama de climas, desde los tropicales hasta los hielos perpetuos identificados con los símbolos A y F, respectivamente, según el climatólogo alemán Köppen. Poseemos dos millones de kilómetros cuadrados, casi diez mil kilómetros de costas y una inmensa riqueza de mar patrimonial; nuestro subsuelo es pródigo en minerales (como el petróleo).

¿Si poseemos estos y otros recursos, por qué no se ha podido abatir la desigualdad, la pobreza y el pauperismo?

Los millones de indígenas descendientes de los más antiguos dueños de esta tierra siguen siendo los más desdichados. Sobreviven en regiones de refugio con sus lenguas y culturas, vistas con desprecio y a veces con el deseo de que desaparezcan como tales, al no respetárseles sus propiedades agrarias. Los indígenas, a pesar de la injusticia, mantienen hoy vivas sus lenguas, sus tradiciones, su sentido comunitario, su cultura.

No olvidemos que han sido los indígenas quienes han sacudido la conciencia nacional, y también la de otros países, al recordar su presencia y su voluntad de ser dueños de su propio destino. Fue, es y será en Chiapas donde, en repetidas ocasiones, los indígenas han empuñado las armas en defensa de sus tierras y cultura en los siglos de la Colonia, del México Independiente y de la Revolución. Y el 1 de enero de 1994 se escuchó de nueva cuenta el ¡ya basta! de injusticias que han despertado muchas conciencias haciéndoles recordar que en México y América Latina perduran la marginación, la desigualdad, y la antidemocracia.

Como rica experiencia histórica, se puede afirmar que nuestros antepasados indígenas debemos el concepto de cero y de sistemas calendáricos como el solar, un diezmilésimo más preciso que el hoy vigente en buena

parte del mundo después de la corrección gregoriana. También desarrollaron ellos la escritura, inscripciones en monumentos y pinturas con caracteres en sus libros y códices hechos en papel de amate, fibra de maguey o piel de venado curtida como pergamino, como hoy muestran con orgullo nuestros hermanos indígenas de Xicotepec, Puebla, y que con tanta alegría conservan.

Gracias a los antiguos mexicanos se puede afirmar, como bien lo expresa mi maestro el doctor Miguel León-Portilla, que nuestro país ha sido a través de milenios tierra de libros (*amoxtli*), en la que hubo escuelas y floreció la cultura. A la educación transmitida en esos centros en que había libros y maestros se debió que los antepasados indígenas avanzaran a lo largo de su existencia con confianza en sí mismos. Se guiaban a la luz de la antorcha que, de mano en mano, portaban sus sabios (*tlamatinimeh*) y maestros, los que han dejado el testimonio de su palabra que se estudia con profundo aprecio y veneración.

En colegios como los de Santa Cruz de Tlatelolco, Tiripetío y San Nicolás, en Pátzcuaro, estudiaron indígenas que tuvieron como mentores a frailes españoles de la orden franciscana y también a sabios originarios de sus propias comunidades. Puede decirse que en esos centros educativos hubo encuentro de culturas: según Miguel León-Portilla, jóvenes indios hicieron suyo lo mejor del conocimiento humano renacentista, ya que aprendieron las artes, latín, literatura, filosofía e historia guiados por sabios como Bernardino de Sahagún, Andrés de Olmos, Alonso de Molina, Alonso de la Veracruz y muchos más. Éstos aprendieron a su vez de los sabios indígenas su ancestral saber farmacológico y médico; sus conocimientos acerca de la naturaleza; sus normas morales que tanto admiraron; arte, cómputos calendáricos, escritura glífica, historia, cartografía y, en suma, lo máspreciado de su cultura. Gracias a la existencia de estos centros de enseñanza, se aprendió, se intercambió y se legaron testimonios tan valiosos como los *huehuetlahtolli* —“la palabra antigua” hoy vigente en mi comunidad de Santa Ana Tlacotenco, Milpa Alta, D.F.—, mapas indígenas, herbarios como el *Códice Badiano*, textos como los del *Códice Florentino*, los *Himnos sacros*, los *Cantares mexicanos*, la poesía de Tochiuhitzin, Macuixochitzin, Aquiauhtzin de Ayapanco y la poesía del célebre Nezahualcóyotl, cuyo rescate inició Ángel María Garibay K. con profundo sentido humano, y que hoy continúa investigando su brillante discípulo, el doctor Miguel León-Portilla.

En 1539 se introdujo la imprenta en México. Esto refrendó el merecido título de “México, tierra de libros”. Muchos libros se imprimieron en el siglo XVI, muchos de ellos en náhuatl, purépecha, zapoteco, mixteco, huasteco, ñahnú y otras lenguas. Hubo obras escritas e impresas sobre lingüística (gramáticas y vocabularios), medicina, derecho, filosofía, arte, diálogos de humanistas, tratados de cosmografía, confesionarios y catecismos). Entre los sabios indígenas que siguieron escribiendo en sus lenguas se encuentran: el maya Gaspar Antonio Chi, los nahuas Alvarado

Tezozómoc y Chimalpain, el purépecha Antonio Hutzimengari. En 1553 abrió sus puertas la Universidad, a donde asistieron españoles, criollos, mestizos e indígenas.

Miguel León-Portilla⁶ en su discurso al recibir la medalla Belisario Domínguez, expresa que ahí enseñaron humanistas de la talla de Francisco Cervantes de Salazar y Alonso de la Veracruz. Las escuelas de los frailes para niños y niñas, incluyendo a los indígenas, los colegios de estudios superiores y las universidades, todos ellos constituyeron focos de irradiación educativa y dieron cimiento a lo que sería luego el florecer novohispano. En él sobresalieron cronistas como Juan de Torquemada, ingenieros como Enrico Martínez, genios de la literatura como sor Juana Inés de la Cruz, Juan Ruiz de Alarcón y Carlos de Sigüenza y Góngora.

Propuesta de educación bilingüe y bicultural

Tomar como objeto de análisis la educación bilingüe y bicultural en estos momentos hace necesaria una visualización del giro que actualmente ha tomado el discurso indigenista y, dentro de éste, la nueva política educativa para los grupos marginados. Tal política responde sin duda a la necesidad de renovar el aparato integrador y homogeneizador que es el indigenismo oficial. Los nuevos principios del indigenismo dicen, respecto a la educación, que deberá contribuir a que los grupos étnicos adquieran conciencia de las causas que determinan su marginalidad (*Bases para la acción, 1977-1990*, INI, p. 2).

En el caso de América Latina, según la revista *El correo de la Unesco*,⁷ en su artículo "Las lenguas de Indoamérica", sobrevive más de medio millar de lenguas, agrupadas en veinte grandes familias.

De todas estas lenguas, la de mayor difusión hoy en día es el quechua, con 12 000 000 de hablantes; le siguen el guaraní, con 6 000 000, y el náhuatl con alrededor de 4 000 000 (México, El Salvador, Guatemala y Nicaragua). Este es el panorama de las lenguas indígenas en América Latina. En nuestro país se han aplicado políticas etnolingüísticas que contribuyeron de alguna manera a consolidar nuestra identidad, sobre todo durante el régimen del general Cárdenas. Pero el gobierno de Ávila Camacho trunca los programas de la educación rural, así como la bicultural y bilingüe.

Desde la administración de López Mateos hasta nuestros días, vuelven a aparecer nuevas formas de atención a la educación indígena y de paso la enseñanza del náhuatl, pero ésta se ha inclinado a la mera mediatización; es decir que a los gobiernos les ha interesado este problema a nivel

⁶ Miguel, León-Portilla, *México. De su historia, penurias y esperanzas*, México, El Colegio Nacional, 1995, p. 22-27.

⁷ "Las lenguas de Indoamérica", en *El correo de la Unesco*, 1989.

político, de administración, pero en la práctica no se ha brindado el debido apoyo teórico-metodológico y financiero.

De esto concluyo que ha sido letra muerta lo que bien se ha afirmado en los diferentes planes de desarrollo del periodo 1983-1988 hasta el actual PND del Poder Ejecutivo Federal. Por otra parte, si la marginalidad es entendida como la falta de participación de individuos y grupos a los que, de acuerdo con determinados criterios (en este caso particular las políticas indigenistas), les correspondería participar, ¿cuáles son las causas de la marginalidad y cuáles las formas de participación que corresponderían a los indígenas en la sociedad nacional? Aun más: ¿cuál sería el papel de la educación bilingüe y bicultural en este contexto?

Las causas de la marginalidad, según *Bases para la acción*⁸, son la no participación en la estructura económica, política y educativa, la carencia de servicios, las diferencias culturales, el desempleo, el desconocimiento de la lengua nacional y otras de menor importancia. Desde luego, lo que hace este discurso marginalista es encubrir el tradicional objetivo integracionista con tesis dualistas renovadas, según las cuales México sería en realidad dos países: uno de agua potable y los servicios más elementales, y otro que carece de todo ello. Los problemas son la explotación y la marginación.

En este sentido, ¿cuál deberá ser la metodología con que habrán de implantarse los programas educativos para que los marginados adquieran conciencia de su estado? Aquí empezamos a interrogarnos sobre si realmente un sistema de enseñanza bilingüe y bicultural constituye el mejor camino para la concientización, o si la enseñanza, en cualquier lengua, estará subordinada a los contenidos definidos para el aparato escolar. En realidad, la vía puede ser el idioma nativo, a condición de que sean enseñados los mecanismos de participación previamente definidos de acuerdo con los intereses que el aparato escolar representa y defiende, y que son los mismos requeridos por el sistema socioeconómico con respecto a la circulación de la fuerza de trabajo, al consumo y a los servicios. La definición actual del problema indígena como problema de marginalidad y de diferenciación cultural presenta como consecuencia de la marginalidad una diferente cosmovisión del mundo.⁹

La vieja polémica sobre si la educación impartida a los grupos étnicos debe ser bilingüe y bicultural o proceder a la castellanización directa carece ahora de sentido. La cuestión fundamental ahora discutida es la implantación de programas que garanticen la manera más eficaz de realizar e imponer la ideología de la clase dominante y que, por ende, refuerce la mistificación de la realidad. La vía puede ser una educación impartida en la lengua indígena. Esta fórmula fue experimentada por los

⁸ Gloria Ruiz de Bravo Ahúja, *La enseñanza del español a los indígenas mexicanos. Bases para la acción indigenista, 1977-1982*, México, INI, 1967.

⁹ G. Germani, *El concepto de marginalidad*, México, UNAM, Nueva visión, 1976, p. 118.

misioneros en la época de la Colonia, momento en el cual las lenguas indígenas fueron de gran provecho para la penetración de la ideología que los conquistadores querían imponer.¹⁰ Algunos investigadores como Lambert y Peal (1962), aseguran que a través de la lengua materna se alcanza un mayor éxito en la educación, para cumplir con los requisitos enunciados es menester que se implemente pero ya una educación bilingüe y bicultural.

Proyecto popular de nación

Para Luis Villoro,¹¹ según el reporte de Hermann Bellinghassen, desde San Andrés Sacamch'en, "el fracaso de los planes modernistas del Estado mexicano", cuyo proyecto sólo ha creado mayores divisiones y desigualdades en el país, obliga a pensar seriamente en el otro proyecto de nación, que él llama "popular", presente a lo largo de la historia independiente del país y que ahora recobra fuerza y vigencia ante el despertar de los pueblos indígenas y la consolidación de un nuevo movimiento.

En seguida apuntó Bellinghassen que el destacado filósofo, quien funge como asesor del EZLN en la mesa sobre Derechos y Cultura Indígena, identifica el "despertar" indígena con un mensaje moral de grandes dimensiones, renovador, que nos obliga a pensar nuevamente el proyecto de nación, donde la obsesión de las elites por la eficacia económica se subordine al respeto por las formas de vida comunitarias en el ámbito de la vida real de los pueblos, al respeto a las diferencias, la libertad y la dignidad.

Vivimos un momento en que los problemas de los pueblos indígenas pasan a primer plano. No sólo por el gran conjunto de organizaciones indias ni porque sus reivindicaciones han dejado de ser locales, sino ante todo porque han sido capaces de conjuntar sus voces y posibilitar movimientos coordinados de los distintos pueblos, con acciones comunes. Ésta es la gran significación del Foro Nacional Indígena que considera Luis Villoro respecto al encuentro celebrado en San Cristóbal, Chiapas. Se trata de una novedad en la historia contemporánea de México. El movimiento indígena actual ha hecho patente la necesidad de dar prioridad a estos problemas. Incluso en las esferas más altas del gobierno está creándose una conciencia pública de que ésta es un problema nacional importante. Luis Villoro, quien fuera uno de los primeros en describir la dimensión filosófica del indigenismo mexicano, ahora considera rebasados los antiguos planteamientos, por más generosos que fuesen.

El indigenismo del siglo XX es realmente generoso, pero consideró a

¹⁰ "Indigenismo y lingüística", Documento del foro "La política del lenguaje en México", México, UNAM, 1980, p. 48.

¹¹ Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, UNAM, 1949.

los pueblos indígenas objeto respecto al cual los otros actores debían proponer la solución de sus problemas. Desde hace varios años estamos asistiendo al despertar de la conciencia real de los pueblos indígenas, como sujetos de su propio destino, de su historia. Y lo que es verdaderamente interesante es que, al suceder esto, los indígenas no pretenden modelos excluyentes o exclusivos, sino proyectos para la nación entera.

¿Por qué los indígenas son un gran problema nacional?

Han sido una preocupación constante en la historia de México, pero el nuevo movimiento indígena pone de relieve la crisis global del Estado-Nación mexicano moderno y abre la posibilidad de otra idea de nación. El Estado-Nación moderno se constituye a partir de individuos en una estructura política uniforme, homogénea, con un orden jurídico para todo el país, un orden burocrático donde todos los problemas se resuelvan administrativamente desde el centro, con una economía de mercado, planificada o no, pero unitaria, y un centro político único.

Desde la Independencia los constituyentes se han formado a partir de una reunión de individuos, en una nueva realidad: el Estado liberal, con un proyecto de progreso y civilización del país. Todo el siglo XIX se fija tal proyecto, que nuevamente es el vencedor de la Revolución Mexicana. Carranza y Obregón participan en un proyecto que ondea como bandera la modernización progresiva del Estado. Frente a tal idea de este último, que obviamente se halla en crisis, el despertar indígena pone el dedo en la llaga, porque nos recuerda que desde el nacimiento de la nación mexicana hubo un intento de emancipación distinto, cuya sede no se encontraba en minorías de la clase media y la inteligencia, sino en las comunidades y asociaciones locales, de arraigo regional y popular. No buscaba la construcción de un Estado homogéneo; ese problema lo tenía sin cuidado. Ambicionaba la justicia dentro de sus ámbitos de vida reales. Lo animaba el valor comunitario, no el individualismo que está en la base del Estado moderno. Una idea de emancipación y libertad real ligada a su vida cotidiana.

Este segundo proyecto emancipador es el que anima verdaderamente a las huestes independentistas, de mayoría indígena, y también mestizos marginados, trabajadores mineros y antiguos esclavos de las haciendas, quienes apoyan la lucha libertaria de Hidalgo y Morelos sin plantearse la constitución de un Estado. Buscaban justicia, mayor libertad y respeto a sus formas de vida, de manera más o menos articulada.

Esta línea fue derrotada. Venció la minoría criolla-mestiza que quiso constituir la nación desde cero, para imitar a las naciones modernas, las otras, de Europa y Norteamérica. Según Luis Villoro, estas dos vertientes recorren la historia de México. En la Revolución Mexicana las volveremos a encontrar: el grupo de clase media que trata de restaurar la constitución

liberal, piensa nuevamente en las ideas de nación moderna. Por otro lado, la tendencia popular de Zapata y Villa luchaba por los valores comunitarios. Esta tendencia no logra crear un Estado, porque no es ésa su intención. Pero, una vez más, la línea popular es derrotada.

Para llegar al momento actual, dejando atrás a Villa y Zapata en su juego con la silla presidencial, fijado por la lente de Casasola, y su regreso a las regiones de donde venían y en donde luchaban, Luis Villoro encuentra en el nuevo movimiento indígena

un recordatorio muy claro de que está viva la tendencia de emancipación, y tiene el arraigo popular. De ahí la llamada de atención contra las pretensiones ilusorias de hacer de México un Estado que limite a los Estados industrializados, basándose en la eficacia del desarrollo económico.

La tendencia popular abre el camino hacia otro tipo de nación, basado en la pluralidad, el derecho a la diferencia, la democratización por la vía directa, sin excluir la lucha partidaria, pero que tiene como principales valores los comunitarios, de solidaridad y justicia real, y no el de eficacia económica. En todo este cuadro, el filósofo y analista político identifica un gran mensaje moral. Ante la corrupción y la falta de ética imperante en el Estado nacional, hay aquí un mensaje totalmente renovador, donde lo que importa no es la eficacia a cualquier costo ni la imitación del desarrollo moderno. Lo que cuenta es recuperar los valores de la comunidad humana, de justicia real, pluralidad y respeto.

Cada pueblo y cada persona que constituye a la nación tienen derecho a elegir y llevar a cabo su propio plan de vida. Esto exige el respeto a la persona y los pueblos. La dignidad consiste en la capacidad de realizar este plan de vida con el respeto de todos los demás.

Luis Villoro¹² concluye sus reflexiones con una paradoja: el Estado modernizador, que busca la unificación, se ha vuelto el principal peligro para la unidad nacional. Si insiste en su vía de globalización, “llevaría a una marginación creciente de los mexicanos, y a un Estado permanente de rebelión o, al menos, de insatisfacción social”. Cuando, en 1949, publicó *Los grandes momentos del indigenismo en México*, todavía no sucedían muchas cosas. Hace casi medio siglo, Villoro comprendió que el indigenismo se nos aparece como un momento dialéctico destinado a ser negado. Sólo existe para destruirse.

La convocatoria del EZLN pretende formar un frente nacional, un frente amplio que no busca el poder. Los zapatistas lo dicen muy bien: no buscan tomar el lugar del Estado moderno. No es que digan: ustedes, corruptos, no supieron qué hacer, ahora déjenos hacer. Se trata de crear una nueva nación, que no tendrá los fines de este Estado, dizque moder-

¹² Hermann Bellinghaussen, “Necesario, pensar un proyecto popular de nación”, *La Jornada*, México, 17 de enero de 1996, p. 16.

nizador. Así, la idea es que el movimiento indígena no busca reemplazar la función del Estado. Debe señalarse que, en la época contemporánea, hay mucha semilla desparramada en los rostros y corazones de los pueblos indios de México, que sólo espera vientos y lluvia propicias para germinar y florecer.

Don Ángel María Garibay K. se preguntaba:

¿Cuál será el porvenir de la lengua náhuatl? [...] Seguirá evolucionando, será un bello testimonio de lo que nos guardan los muchos manuscritos redactados en ella durante los siglos del virreinato y los cientos de libros que en ella se imprimieron, cuando México no se avergonzaba de sus orígenes indios.¹³

Interés especial deben tener para nosotros nuestras raíces, máxime cuando son tan variadas y ricas como la que nos legaron los pueblos mexicanos; sin embargo, todavía debemos luchar contra las corrientes que ven siempre mejor lo exterior. Afortunadamente existen personas como don Miguel León-Portilla, quien no sólo ha valorado nuestras raíces sino que ha dejado huella de sus investigaciones en sus escritos.

Gracias a su tenacidad podemos tener a la mano, descifrados, compilados y comentados, los cantares y las crónicas de los antiguos mexicanos. La visión, que rara vez se alcanza, de la historia narrada de los vencidos. Recopilaciones de la literatura náhuatl. La introducción y reivindicación de un Torquemada que nos dejó veintiún libros de riquísimo contenido. En fin, toda una serie de trabajos de los que he sido testigo porque he colaborado con el autor con humildad.

Nuestro políglota homenajeado es un hombre incansable: cuando no está hablando por los universitarios morelenses, está en los encuentros de nahuatlato en Santa Ana Tlacotenco o en la propia Delegación de Milpa Alta. Por toda esta fructífera vida de estudio y difusión, estoy seguro de que renovará su compromiso con su patria, lo cual se traducirá en proseguir con su obra fecunda.

BIBLIOGRAFÍA

BELLINGHAUSSEN, Germann, *"Necesario pensar un proyecto popular de nación"*, *La Jornada*, 17 de enero de 1996.

BONFIL BATALLA, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, México, Grijalbo, CNCA, 1989, p. 24-26.

DE LA TORRE VILLAR, Ernesto, *Lecturas históricas mexicanas* México, UNAM, 1994, t. I.

¹³ Alfonso Toussaint S., *Homenaje a Miguel León Portilla*, p. 36.



- Díaz Polanco, Héctor, *Autonomía regional. La autodeterminación de los pueblos indios*, México, Siglo XXI, UNAM, 1991 (Biblioteca América Latina).
- GERMANI, G., *El concepto de marginalidad*, México, UNAM, Nueva visión, 1976, p. 48.
- “Indigenismo y lingüística”, documento del foro *La política del lenguaje en México*, México, UNAM, p. 48.
- La enseñanza del español a los indígenas mexicanos*, Bases para la acción indigenista, México, Colegio de México, INI, 1977-1982,
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *México. De su historia, penurias y esperanzas*. México, El Colegio Nacional, 1995, p. 22-27.
- VILLORO, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*. UNAM, 1949.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS